

Eugène - Emmanuel
VIOLLET - LE - DUC

HISTORIA DE UNA FORTALEZA

(Histoire d'une forteresse)



Introducción
Fernando Vela Cossío

Traducción
Jesús Sánchez Maza



Esta obra ha recibido una ayuda a la edición del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte.



Esta edición es propiedad de EDICIONES DE LA ERGASTULA y no se puede copiar, fotocopiar, reproducir, traducir o convertir a cualquier medio impreso, electrónico o legible por máquina, enteramente o en parte, sin su previo consentimiento. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Todos los derechos reservados.

© Textos y dibujos: Eugène - Emmanuel Viollet-Le-Duc (1814 – 1879).

© Primera edición, en francés (1874):
Bibliothèque d'éducation et de récréation
J. Hetzel et C^{ie}, rue Jacob, 18, París.

© Ediciones de La Ergástula, S.L. (2014)
Calle de Béjar 13, local 8
28028 – Madrid
www.laergastula.com

Edición y coordinación editorial: Elena Vega Rivas y Enrique Daza Pardo

© Traducción: Jesús Sánchez Maza

© Introducción: Fernando Vela Cossío

Diseño y maquetación: La Ergástula

Imagen de portada: Acceso principal a la ciudad de Carcassone (Francia) en la actualidad.

Fuente: Archivo de La Ergástula.

Imagen de contraportada: *Mâchicoulis* (esp. Matacan) en Viollet-le-Duc, E. E. (1856):

Dictionnaire raisonné de l'architecture française du XIe au XVIe siècle, Tomo 6, figura 9.

I.S.B.N.: 978-84-941796-5-5

Depósito Legal: M-10399-2014

Impresión: Aventura Gráfica, S.L.

Impreso en España – *Printed in Spain*.

ÍNDICE

Introducción LA OBRA DE EUGÈNE EMMANUEL VIOLLET-LE-DUC Y LA ARQUITECTURA ESPAÑOLA <i>Fernando Vela Cossío</i>	IX
Capítulo I PRIMER REFUGIO	3
Capítulo II EL <i>OPPIDUM</i>	9
Capítulo III PRIMER ASEDIO	19
Capítulo IV LO QUE CUESTAN LOS DEFENSORES	41
Capítulo V SEGUNDO ASEDIO	45
Capítulo VI EL CAMPO PERMANENTE, FUNDACIÓN DE UNA CIUDAD	57
Capítulo VII LA CIUDAD FORTIFICADA	63
Capítulo VIII TERCER ASEDIO	71
Capítulo IX EL CASTILLO FEUDAL	103



Capítulo X	
CUARTO ASEDIO	117
Capítulo XI	
PRIMERAS DEFENSAS CONTRA LA ARTILLERÍA A FUEGO	151
Capítulo XII	
QUINTO ASEDIO	161
Capítulo XIII	
LA CIUDAD DE LA ROCHE-PONT ES FORTIFICADA POR ERRARD DE BAR-LE-DUC, INGENIERO DEL MUY CRISTIANO REY DE FRANCIA Y DE NAVARRA	185
Capítulo XIV	
SEXTO ASEDIO	189
Capítulo XV	
LA CIUDAD DE LA ROCHE-PONT ES FORTIFICADA POR EL SEÑOR DE VAUBAN	203
Capítulo XVI	
SÉPTIMO ASEDIO	211
Capítulo XVII	
CONCLUSIÓN	237
DEFINICIÓN DE ALGUNOS TÉRMINOS TÉCNICOS EMPLEADOS EN ESTA OBRA	257

Introducción

LA OBRA DE EUGÈNE EMMANUEL VIOLLET-LE-DUC Y LA ARQUITECTURA ESPAÑOLA

por FERNANDO VELA COSSÍO



Muy pocos autores han ejercido tanta influencia en el pensamiento arquitectónico de su tiempo como Eugène-Emmanuel Viollet-le-Duc (1814-1879). Para Renato de Fusco (Nápoles, 1929), que le dedicó un excelente trabajo en 1964, su obra de crítica arquitectónica «tuvo tanta influencia y difusión en su tiempo que construyó la unión más sólida entre el historicismo ecléctico y la arquitectura de nuestro siglo. Ha sido él, escribe Pierre Francastel, el restaurador de los edificios góticos, el pionero del funcionalismo según la interpretación dada comúnmente desde 1860-70 hasta 1930»¹.

Su trabajo como restaurador de monumentos, impregnado de una particular interpretación del gótico, despertó un notable interés entre sus contemporáneos y produjo episodios de encendida polémica entre aquellos que defendieron las intervenciones “en estilo” frente a las posiciones más “conservadoras” de otros arquitectos, arqueólogos y críticos que, como John Ruskin (1819-1900), apostaron por la conservación estricta y la consolidación de las ruinas como una alternativa a la destrucción y la transformación de las construcciones antiguas.

Su pensamiento arquitectónico —desplegado en una producción verdaderamente monumental formada por más de treinta libros, varios centenares de artículos e innumerables colaboraciones y conferencias— dejó una huella profunda e indeleble en autores tan importantes para comprender el tránsito del siglo XIX al siglo XX como Antonio Gaudí (1852-1926), Hendrik Petrus Berlage (1856-1934) o Víctor Horta (1861-1947). Para los arquitectos franceses de las generaciones inmediatamente posteriores, muy bien representadas

¹ De Fusco, Renato (1976): *La idea de Arquitectura. Historia de la crítica desde Viollet-le-Duc a Persico*. Barcelona: Gustavo Gili, pág. 11.

en autores tan señalados como Anatole de Baudot (1834-1915) o como Auguste Perret (1874-1954), sus escritos constituyeron la fuente principal del racionalismo estructural y, como ha tenido oportunidad de señalar Peter Collins (1920-1981), nadie ha expuesto de forma tan coherente y tan plausible el punto de vista racionalista: defendiendo que la arquitectura y la construcción en la Edad Media no se podían separar, venía a recordar que la arquitectura no es más que una forma originada por la misma construcción².

Para Viollet-le-Duc, cuyo conocimiento de la arquitectura gótica provenía de la experiencia de la restauración, «el medioevo no es la edad oscura normalmente descrita. Es en cambio un periodo de recursos y de estudios técnicos, de afirmaciones (también) laicas y temporales, de extraordinarias audacias constructivas con espléndidos resultados figurativos y semánticos, como el de visualizar el mensaje religioso. Así pues, la arquitectura gótica no es un modelo formal del gusto, ni un ejemplo para la organización ética y social del trabajo artesanal, ni tampoco un paradigma alternativo a la brutalidad de la moderna producción industrial. Viollet-le-Duc comparte estos aspectos del gótico, pero para él importa sobre todo

como modelo constructivo aún no superado, como la más alta encarnación de los “principios” constructivos. Interpreta la catedral gótica con espíritu cartesiano y ve en ella la anticipación clara de lo que es posible realizar en los tiempos modernos gracias a la nueva tecnología, especialmente a la del hierro»³.

Nacido en París, el 27 de enero de 1814, en el seno de una familia vinculada al arte y a la construcción (su abuelo materno había sido contratista de cierta importancia), el joven Eugène destacará enseguida como un extraordinario dibujante⁴. En la década de 1830 le encontramos ya dando clases de Composición y Ornamento en la *École de Dessin* de París y comenzando su formación como arquitecto en los estudios de Jean-Jacques-Marie Huvé (1783-1852) y Achille-François-René Leclère (1785-1853). En este periodo lleva a cabo una numerosa serie de viajes de estudio que realizará



Figura 1. Eugène-Emmanuel Viollet-le-Duc (Gaspard-Félix Tournachon, Nadar).

² Collins, Peter (1970): *Los ideales de la arquitectura moderna: su evolución (1750-1950)*. Barcelona: Gustavo Gili, pág. 219.

³ De Fusco, Renato (1992): *Historia de la Arquitectura Contemporánea*. Madrid: Celeste Ediciones, págs. 59-62.

⁴ Sobre la vida de Viollet-le-Duc puede consultarse la biografía elaborada por Rafael García García con motivo de la edición en español del artículo “construcción” del *Dictionnaire raisonné de l'architecture française du XIe au XVIe siècle*. Véase: García García, Rafael (1996): Introducción. Viollet-le-Duc: vida, obra, ideas. En *La construcción medieval*. Madrid: Instituto Juan de Herrera de la Escuela Técnica Superior de Arquitectura de Madrid / Centro de Estudios Históricos de Obras Públicas y Urbanismo (CEHOPU) / Centro de Estudios y Experimentación de Obras Públicas (CEDEX), págs. XV - XXXIX.

primero por Francia, entre 1831 y 1835, y después por Italia, en los años 1836 y 1837. Producto de este viaje a Italia, en el que le acompaña su amigo Léon Gaucherel, grabador de muchos de sus dibujos, y en el que recorrerá Nápoles, Sicilia, la Toscana, Roma, Asís y Venecia, nos han llegado unos trabajos de dibujo verdaderamente extraordinarios⁵.

Durante la etapa que coincide con la infancia y la formación del joven Viollet-le-Duc se están poniendo en Francia las bases de la nueva arquitectura del hierro, que se extenderá especialmente después del periodo de la Restauración (1814-1830). Pueden señalarse obras muy destacadas de Pierre Vignon (1762-1828), como el mercado de la Madeleine (París, 1824), o de Antoine-Rémy Polonceau (1778-1847), autor del puente del Carrousel (París, 1831-34), y se avanza con firmeza en el campo de la edificación gracias a los progresos que experimenta la ciencia de la construcción en campos muy diversos, como los trabajos sobre cálculo de estructuras de Louis Marie Henri Navier (1785-1836) o los de geometría descriptiva de Gaspard Monge (1746-1818). Jean-Baptiste Rondelet (1743-1829), que había publicado en 1785 *La science de la construction des édifices*, da a la imprenta en los primeros años del siglo XIX su obra más importante: el *Traité théorique et pratique de l'art de bâtir*, que se edita en París entre 1802 y 1817. Se trata además de una etapa marcada especialmente por las reformas en la enseñanza de la arquitectura, en la que se acabará imponiendo mundialmente el modelo francés, el de la *Ecole Polytechnique*, una institución creada en 1794 en la que el curso de arquitectura se encontraba, desde su creación, a cargo de Jean-Nicolas-Louis Durand (1760-1834), quien se centraba en la investigación tipológica y defendía el ejercicio de la arquitectura desde «la utilidad pública y privada, la conservación, el bienestar de los individuos, de las familias y de la sociedad».

El ejercicio profesional de nuestro arquitecto coincide en sus comienzos con el periodo de desarrollo de la polémica entre neoclasicismo y neogótico, que tiene su punto culminante hacia 1848. En la arquitectura francesa se ha extendido el clasicismo estructural de Henri Labrouste (1801-1875), la figura más importante del racionalismo neoclásico. Labrouste, alumno de la Academia y premio de Roma en 1824, es el autor de uno de los edificios más importantes que se construyen en Europa en la década de 1840: la Biblioteca de Santa Genoveva (París, 1843), uno de los primeros edificios públicos en los que un arquitecto se había atrevido a utilizar una estructura de hierro visto. Cuando cierra su escuela en 1856, sus alumnos se trasladan al taller de Viollet-le-Duc quien a partir de ese momento será considerado la cabeza del movimiento racionalista. Como ha señalado oportunamente Leonardo Benevolo (Novara, 1923), Viollet-le-Duc «sigue la dirección neogótica, pero excluye de su polémica toda referencia romántica o sentimental; para su mente científica, el gótico no tiene nada de confuso o misterioso, al contrario, lo aprecia precisamente por la claridad de su sistema constructivo, la economía de sus soluciones y la exacta correspondencia a los programas distributivos»⁶.

Nikolaus Pevsner (1902-1983) ha destacado que «su concepción de la arquitectura es funcionalista. Solicita la alianza de la forma con lo necesario y con los medios de construcción.

⁵ Rivera, Javier (2004): Introducción. Viollet-le-Duc: *Historia de una casa*. Madrid: Abada, pág. 7.

⁶ Benevolo, Leonardo (1974): *Historia de la Arquitectura Moderna*. Barcelona: Gustavo Gili, pág. 131.

Pide la verdad: que la piedra aparezca como piedra, el hierro como hierro y la madera como madera, desterrando las apariencias monumentales que ocultan los hábitos burgueses. En consecuencia, insiste en la necesidad de crear un estilo propio del siglo XIX⁷. Desde luego, la generación de arquitectos que hizo posible el desarrollo del *Art Nouveau* a finales del siglo XIX le debe mucho. Como recuerda Benevolo, «el neogótico, dondequiera que brote, engendra una saludable revisión de la herencia artística pasada e invita a un análisis más despreocupado de los modernos procesos constructivos»⁸. Para Pedro Navascués (Madrid, 1942) el palacio del conde de Villagonzalo (también conocido como Palacio del conde de la Unión de Cuba), levantado en Madrid en 1866, «puede ser considerado el primer edificio que se hace eco en España del particular modo de hacer de Viollet-le-Duc»⁹. Navascués destaca la fuerte influencia francesa que se manifiesta durante todo el periodo isabelino, muy superior a la italiana o la alemana, y que se proyectará especialmente sobre la Escuela de Arquitectura: en sus planes de estudio, en los textos aprobados para la enseñanza y también en su biblioteca, conviniendo que la presencia de Eugenia de Montijo en la Corte Imperial desde 1853 favoreció, sin duda, el desarrollo de esta influencia¹⁰.



Figura 2. La familia imperial de Francia en 1858 (André Adolphe-Eugène Disdéri).

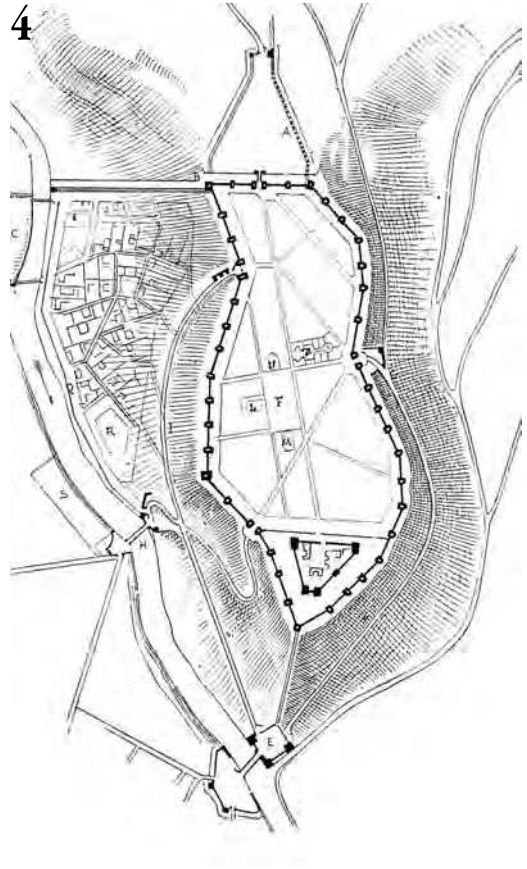
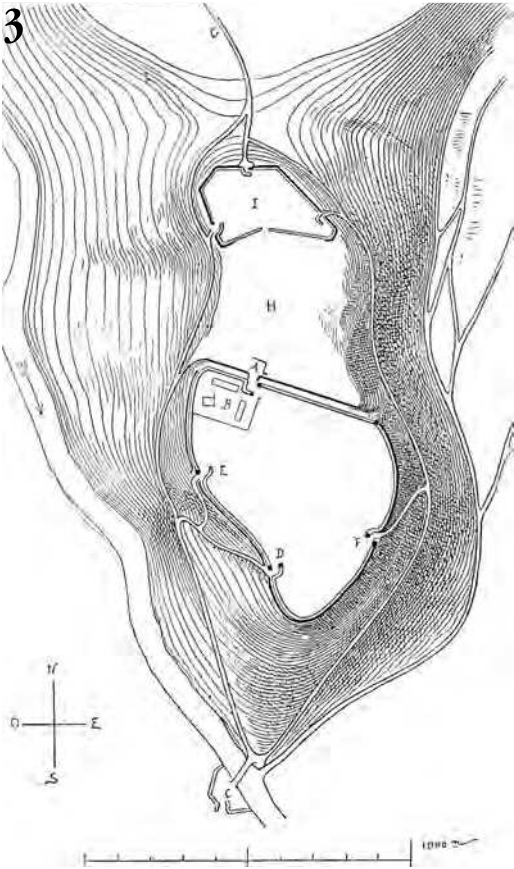
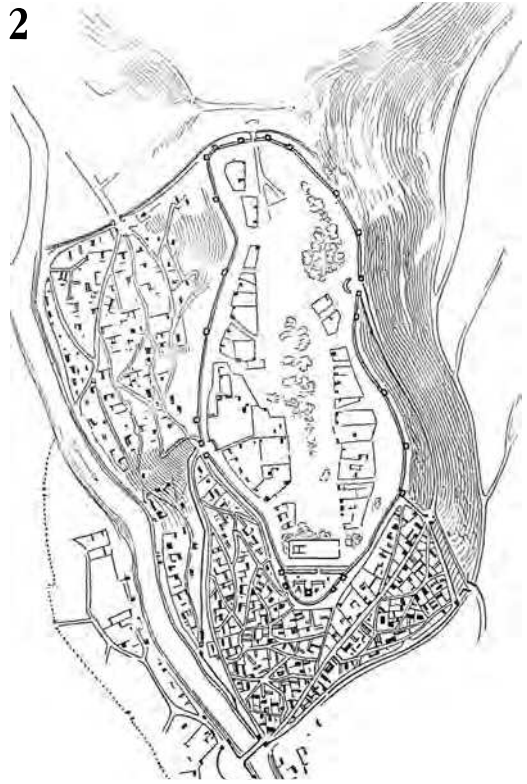
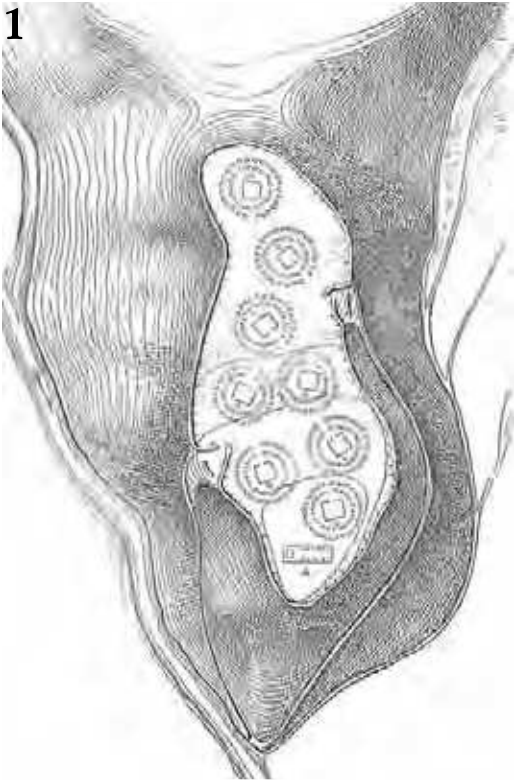
Precisamente, entre los trabajos conocidos de Viollet-le-Duc en España se encuentran el encargo del marqués de Guadalcázar en 1857 para la construcción de un altar y una capilla en Córdoba y el proyecto de mausoleo en memoria de la duquesa de Alba, hermana mayor de Eugenia de Montijo fallecida en París en 1860. Francisca y María Eugenia Palafox Portocarrero y Kirkpatrick eran hijas de Cipriano Guzmán Palafox y Portocarrero (1784-1839), conde de Teba, un liberal afrancesado que, después de una etapa de exilio en París, regresó a España estableciéndose en Granada. Su hija mayor, María Francisca (1825-1860) se casó con el XV duque de Alba y VIII duque de Berwick; la menor, Eugenia (1826-1920), se casó con Luis Napoleón Bonaparte en 1853. Al fallecer Francisca en 1860, su hermana Eugenia quiso que se construyese un imponente edificio funerario en la finca de los Montijo en Carabanchel Alto, encargando a finales de ese año el proyecto a Viollet-le-Duc. De este

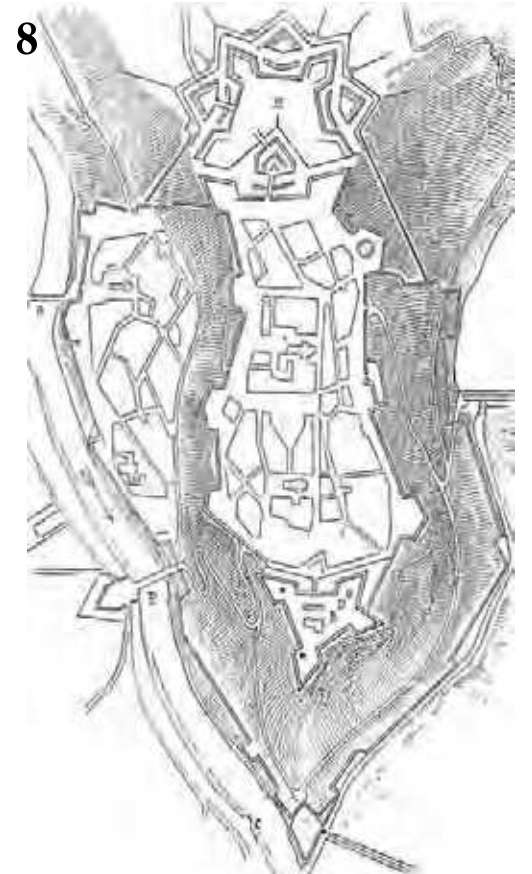
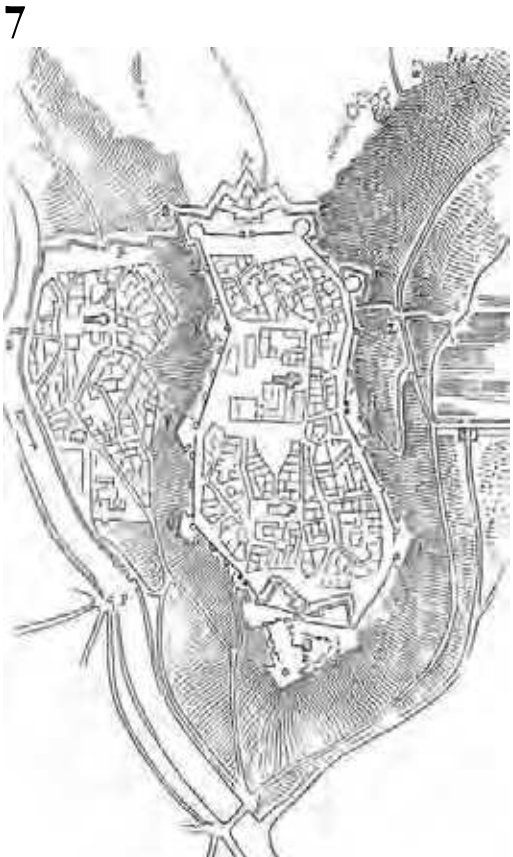
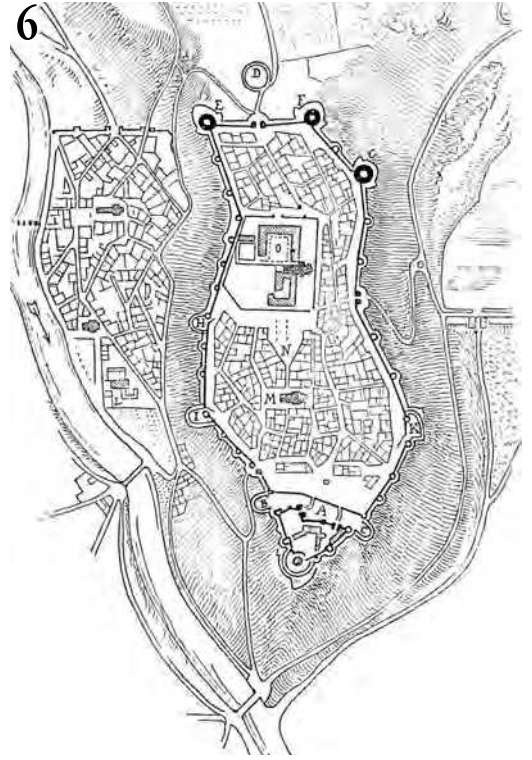
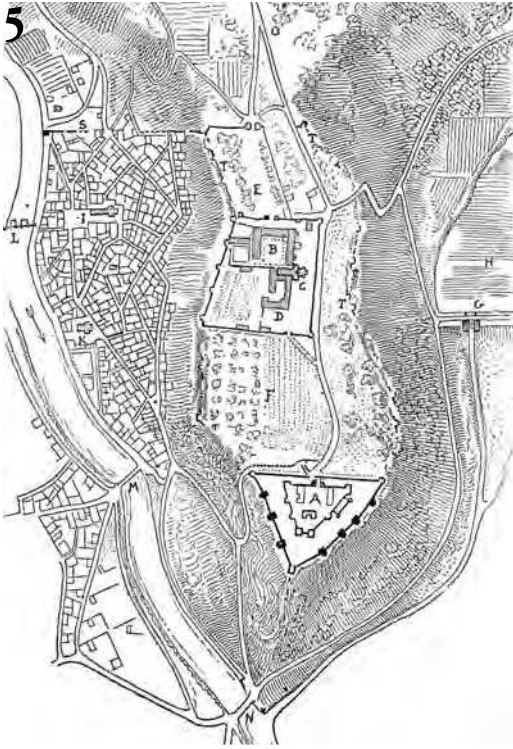
⁷ Pevsner, Nikolaus (1992): *Los orígenes de la arquitectura y el diseño modernos*. Barcelona: Ediciones Destino, pág. 16.

⁸ Benevolo, Leonardo (1974): *Historia de la Arquitectura Moderna*. Barcelona: Gustavo Gili, pág. 133.

⁹ Navascués Palacio, Pedro (1993): *Arquitectura española 1808-1914*. Madrid: Espasa Calpe, pág. 260.

¹⁰ *Ibid.* pág. 263.



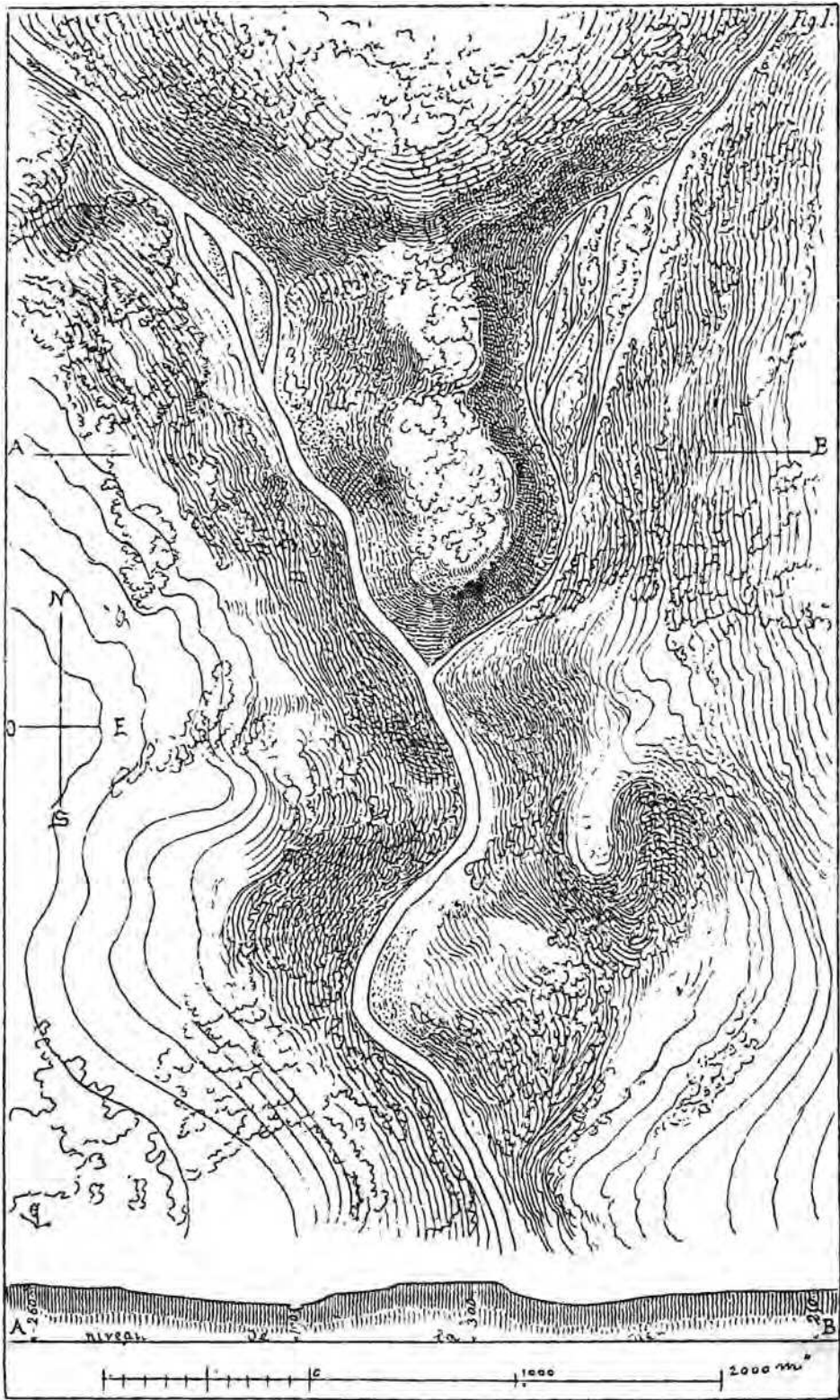


Eugène Emmanuel Viollet-le-Duc. Cronología

- 1814 Nace en París (Francia), el 27 de enero. Hijo primogénito de Emmanuel Sigismund Viollet-le-Duc y de Eugénie Delécluze
- 1825 Comienza sus estudios en el pensionado Morín en Fontenay-aux-Roses
- 1830 Concluye el bachillerato en el College Bourdon de París
- 1834 Contrae matrimonio con Thérèse-Elisabeth Tempier (1812-1897)
- 1831/1835 Viajes por Francia
- 1836/1837 Viajes por Italia
- 1838 Miembro de la Comisión Nacional de Monumentos
- 1839 Auditor suplente del Consejo Nacional de edificios civiles
- 1846 Arquitecto de la antigua Abadía Real de Saint-Denis
- 1848 Jefe de la Oficina de Monumentos
- 1850 Viajes por Inglaterra
- 1851 Maestro de la Catedral de Clermont-Ferrand
- 1853 Inspector General para la administración de los edificios diocesanos de Autum, Beauvais, Besançon, Châlons, Chartres, Dijon, Évreux, Langres, du Mans, Marseille, Meaux, Metz, Moulins, Nancy, Nevers, Orléans, Reims, Rouen, Saint-Claude, Saint-Dié, Séz, Sens, Soissons, Strasbourg, Troyes, Verdun y Versailles
- 1854 Viajes por Alemania, Bohemia y el Tirolo
- 1863 Profesor de Historia del Arte y de la Estética en la Escuela Imperial de Bellas Artes de París
- Miembro de la Real Academia de las Ciencias, de las Letras y de las Bellas Artes de Bélgica
- 1864 Dimite como Profesor de la Escuela de Bellas Artes
- 1864 Medalla de Oro del Real Instituto de Arquitectos Británicos
- 1868 Miembro de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando
- 1870 Segundo Comandante de Ingenieros y después Teniente Coronel en la defensa de París durante el asedio del ejército prusiano
- 1871 Condenado a muerte por la Comuna el 30 de marzo
- Breve exilio en Bélgica e Italia. Regresa a París en mayo de ese año
- 1874 Dimite como Inspector General de Edificios Diocesanos
- Es elegido Concejal republicano por Montmartre
- Aparece la primera edición de *Histoire d'une forteresse*, publicada por Hetzel
- 1879 Muere en "La Vedette", su casa de Lausana (Suiza), el 17 de septiembre.
- Recibe sepultura el 22 del mismo mes en el cementerio de La Sallaz, trasladándose sus restos en 1916 al cementerio de Bois-de-Vaux
- Ese mismo año aparece su obra *Le siège de La Roche-Pont*, un extracto de *Histoire d'une forteresse* (caps. IX y X), que se centra en el castillo plenomedieval y sus asedios, aportando dibujos inéditos de Viollet-le-Duc.

VIOLET - LE - DUC

HISTORIA DE UNA FORTALEZA



MAPA DEL TERRITORIO DE OHET

I

PRIMER REFUGIO

Decían¹ los mayores del lugar a quienes les preguntaban que, hacía muchos inviernos, el hombre se estableció en el territorio de Ohet, situado en un ancho valle por el que serpentea un río.

Abierto en unos puntos, cerrado en otros, este valle llevaba sus aguas hacia el sur, al curso de un gran río.

A ambos lados, se podían ver en las orillas una serie de colinas poco elevadas que descendían en suaves pendientes hacia el río en las zonas en las que el valle era más ancho, siendo ligeramente abruptas cuando este se estrechaba. En estos puntos algunas rocas grisáceas horadaban sus márgenes, cubriéndolas con sus restos. Remontando las orillas del arroyo desde su confluencia con el gran río, a unas tres horas de marcha, se encontraba a la derecha otro curso de agua que se dividía en varios brazos pequeños en un valle más alto. En verano, algunos de estos brazos se secaban, otros formaban estanques cuyos bordes se llenaban de juncos y nenúfares. Los hombres de la región temían este valle, que creían habitado por espíritus malignos. Era peligroso internarse en él pues había abundantes hoyos cubiertos de hojas y ramas podridas en los que el imprudente desaparecía. El bosque era tan espeso en este valle, las hierbas y arbustos tan pegados a los troncos y ramas de los árboles muertos, que los rayos del sol apenas entraban y solo iluminaban los charcos de agua cubiertos por un verde tapiz. Una especie de promontorio dividía en este lugar los dos cursos de agua (Fig. 1); el río que bajaba del noroeste y el arroyo del nor-noroeste. Esta parte alta de la región estaba cubierta por un espeso arbolado, y los hombres del valle solo iban allí para cazar bisontes, jabalíes, lobos y gamos. Más allá, el paisaje parecía desierto, y los extranjeros que a veces visitaban a los habitantes del valle para cambiar pieles de animales por ámbar, cobre, oro, sal y algunos tejidos bastos de lana o de cáñamo, venían

¹ N.T.: En la primera parte de este capítulo el autor emplea el presente, para después pasar a usar el pasado. De cara a dar homogeneidad a la obra y facilitar su lectura se ha empleado el pasado para esta primera parte.

únicamente de las tierras bañadas por el río. Los hombres vivían agrupados por familias en los espacios libres en medio de los bosques, en las orillas del río, en cabañas cónicas hechas de troncos hundidos en la tierra, atados en su parte superior y cubiertos de ramas, tierra y cañas. En estas cabañas vivía el hombre con su mujer y sus hijos; cuando los jóvenes se hacían fuertes, construían una nueva cabaña, y tomaban compañera.

Todos se alimentaban del producto de la caza y de la pesca, de raíces silvestres que secaban y trituraban con piedras; pero no cultivan la tierra y no tenían rebaños. También decían los ancianos que nunca se había producido peleas con hombres como ellos, y, si surgían disputas entre las familias, reunían a los más viejos entre los jefes de las otras familias para juzgar los conflictos. Los que no querían someterse al juicio eran expulsados del valle, ellos y los suyos; bajaban a las orillas del gran río y se establecían en otra parte: no volvía a hablarse de ellos.

Cuando se preguntaba de nuevo a estos ancianos si antes que ellos ya estuvieron establecidos otros hombres en el valle, decían que, en efecto, había hombres, pero pequeños, enanos, que comían los productos de la tierra y no tenían ni arcos ni flechas para matar a los animales salvajes, ni anzuelos para pescar peces, ni barcas para cruzar el río. Que, a la llegada de los actuales habitantes, estos enanos desaparecieron y se refugiaron bajo tierra, de donde salían a veces de noche para hacer daño, para cortar las amarras de las barcas o hundirlas, para matar a los niños de pecho, romper los arcos o a avisar a los animales del bosque de que se había proyectado una cacería, para que se alejaran.

Desde hacía algún tiempo, los extranjeros que venían por el río al valle decían que otros hombres grandes, de cabellos rubios, fuertes, montados a caballo, ya habían ocupado las regiones vecinas y echado a sus habitantes, matando a los que no huían a su llegada; que hablaban un lenguaje desconocido y solo emprendían una acción después de haber llegado a un acuerdo, que se consultaba a los más viejos de entre ellos y también a las mujeres, dejando solo al margen a los niños a los que encomendaban toda clase de trabajos. Esta noticia causó una gran inquietud en el valle; los jefes de las familias se reunieron y decidieron que vigilarían, por turnos, la desembocadura del río.

Decían que algunos jóvenes, apostados a intervalos regulares, avisarían, con grandes gritos, de la llegada de los hombres rubios, de manera que todos los habitantes del valle estuvieran advertidos en poco tiempo y pudieran refugiarse con sus familias en los bosques situados en el promontorio que formaban el río y el arroyo río arriba. Que cada uno debería abastecerse de provisiones como para una caza de varios días, y que entonces se avisaría de lo que hubiese que hacer.

Entre tanto, los hombres más ancianos se reunieron en consejo. Decidieron que ante los primeros gritos de alarma y si los invasores entraban en el valle por una de sus orillas, los habitantes de esta orilla se trasladarían en barcas a la orilla opuesta para unirse a los que ya la ocupaban, y que todos juntos se apresurarían a llevar sus barcas hasta el punto en el que el valle se divide, para amarrarlas bajo el promontorio en la orilla izquierda del curso de agua, río arriba de la desembocadura del arroyo; que las mujeres, los niños y los ancianos se refugiarían en ese promontorio, y que los hombres válidos, separados así de los hombres rubios por el río y el arroyo, podrían deliberar si debían usar sus arcos o huir al alto bosque.

Algunos días después, cuando empezaba a caer el sol, el valle retumbó con el grito de alarma, cien veces repetido, anunciando que los hombres rubios llegaban y desembocaban a lo largo del río del lado de poniente.

De inmediato, un prolongado rumor llenó el campo, silencioso pocos instantes antes; la mayor parte de los habitantes de la orilla derecha se apresuraron a cruzar con sus embarcaciones a la orilla izquierda; pero algunos, sea por negligencia o porque estaban lejos de sus casas, no pudieron seguir el consejo de los ancianos.

Sin embargo los hombres rubios avanzaban con prudencia. Se vio primero a unos cuantos a caballo, que recorrían el bosque, se agrupaban en los claros, parecían ponerse de acuerdo antes de ir más lejos, rodeaban las cabañas sin entrar en ellas. Se veía a algunos que habían cogido a habitantes rezagados del valle, los habían atado y les empujaban delante de ellos y les preguntaban, pero estos no comprendían lo que se les pedía.

Pronto, en torno al río, en todos los lugares a los que el ojo podía llegar, el valle pareció sembrado de hombres a pie y a caballo, de carretas; de vez en cuando se oían clamores. El sol bajó hacia el horizonte y los clamores no dejaban de oírse; a continuación columnas de humo se levantaron por todas partes; llegada la noche, el valle resplandecía de fuegos y poco a poco se hizo el silencio.

Reunidos al pie del promontorio, a lo largo de los dos cursos de agua, los hombres del territorio de Ohet habían escondido sus barcas entre las cañas; habían hecho subir a las mujeres, niños y ancianos a la llanura; no se atrevían a encender fuegos por miedo a llamar la atención de los invasores. La noche la pasaron deliberando sin resolver nada; algunos jóvenes cazadores atrevidos propusieron aprovechar el sueño de los hombres rubios para cruzar el río y echarse sobre ellos como fieras salvajes, matarlos a todos con las hachas de piedra; pero los jefes de familia pensaron que para llevar a cabo semejante incursión eran poco numerosos; que quizá hubiera otros siguiendo a esos hombres rubios, que montaban caballos y podían huir fácilmente; que parecían grandes y fuertes y que además tampoco podían estar seguros de que hubieran matado a los habitantes caídos en sus manos, como los extranjeros les habían contado.

Al alba, el valle resonó con ruidos extraños, como jamás habían oído los habitantes del territorio de Ohet.

No eran ni gritos de hombres, ni cantos de mujeres, ni mugidos de toros salvajes. Estos ruidos sembraron el terror entre los fugitivos. Todos abandonaron las barcas y subieron al promontorio, a los bosques; desde allí, a través de los árboles, se podía ver lo que pasaba en el valle. Pronto avistaron una numerosa tropa que se mostraba frente a ellos, a poca distancia del río. Las barcas abandonadas remontaban el curso del agua, llevadas por hombres rubios. Estos entraron a través de las cañas, las desataron y se las llevaron, con grandes gritos, hasta la orilla opuesta al promontorio. Otros clamores respondieron a esos gritos y la tropa se precipitó a la orilla. Pero entonces dio la impresión de que los jefes intervenían; hablaron durante mucho tiempo y parecían amenazar a los impacientes que querían embarcarse y señalaban frecuentemente con la mano el alto de la meseta. La tropa se alejó de nuevo de la orilla y solamente una docena de hombres subió en dos barcas que se dirigieron a la orilla opuesta, al pie del promontorio. Con ellos estaban dos de los